

tantos partidarios y tantos abogados que pierden el tiempo alegando en defensa de sus errores, razon es que Jesucristo tenga tambien fieles siervos que salgan con valor á la defensa de sus máximas y de sus verdades. Dí, pues, con toda resolucion que condenas los bailes, los espectáculos y toda diversion profana, contraria á las máximas del Evangelio y al espíritu de Jesucristo.

DIA SEGUNDO.

SAN ESTÉBAN I, REY DE HUNGRÍA.

Hácia el año 372 del nacimiento de Cristo, los Hunos, pueblo de la antigua Sarmacia, junto á las márgenes de la laguna Meotis, saliendo de su pais en número de un millon y novecientos mil hombres, conducidos por el famoso Atila, fueron á establecerse en la Hungria, y le comunicaron su nombre. Despues de muchas revoluciones, en las cuales fueron expelidos del pais, volvieron por la cuarta vez á él por los años de 970, y fundaron una especie de monarquia, que fué gobernada por sus soberanos con el titulo de duques, siendo Geysa el cuarto principe de la nacion, que reinó en ella con este titulo. Era pagano, y naturalmente severo con los suyos; pero suave, benigno y apacible con los extranjeros, á quienes recibia con agasajo, y honraba con su benevolencia; y como por la mayor parte eran cristianos, enamorado de sus buenas costumbres, y prendado de sus conversaciones, formó un alto concepto de la religion que profesaban. Noticioso san Adalberto, obispo de Praga en Bohemia, de lo bien dispuesto que estaba el ánimo del duque, determinó anunciar la fe en los estados



S. ESTÉBAN,

REY DE UNGRÍA.

de Hungría; y no bien le oyó Geysa, en las primeras conferencias, cuando él mismo se declaró la mas illustre conquista del apostólico prelado. Instruido por san Adalberto, recibió de su mano el santo bautismo con la duquesa su esposa, que se llamaba Sarloth, y con otros muchos señores de la corte; quedando transformado el duque en otro hombre con la gracia de aquel primer sacramento.

A la duquesa, con la de su conversion, se le comunicó tambien el don de una sobresaliente virtud, y con esta un ardentísimo deseo de desterrar de toda Hungría el paganismo, á cuyo zelo no era inferior el del duque. Ocupada enteramente un dia la imaginacion de la piadosa duquesa en discurrir medios para lograr sus religiosos intentos, se quedó dormida; y apareciéndosele en sueños san Estéban protomártir, le aseguró que presto daría á luz un hijo, destinado por el cielo para poner en ejecucion la grande empresa que ella y su marido tenían tanto en el alma; pues no solo sería el primer rey, sino tambien el apóstol de toda la nacion húngara.

Tardó muy poco en ser completo este gozo, por el nacimiento de aquel hijo feliz que vió la luz del mundo el año de 978, y en el bautismo se le dió el nombre de Estéban. No perdonaron los piadosos duques medio ni diligencia alguna para que el príncipe fuese educado en las mas santas máximas de nuestra religion, y en los mas tiernos y devotos afectos de las virtudes cristianas; poniendo igual esmero en buscarle maestros excelentes que le cultivasen el entendimiento, instruyéndole en las letras y ciencias humanas. Había dotado el cielo al tierno príncipe de tan bellas disposiciones para la virtud, concediéndole un corazon tan noble, tan generoso y tan recto, con un ingenio tan penetrante, y al mismo tiempo tan dócil, que dejó muy poco á nada que hacer á los cuidados

de la educacion, y fueron tan rápidos sus progresos en las ciencias y en la piedad, que ya en aquellos tiernos años era reputado por el príncipe mas cabal que se conocia en su siglo.

Fué su maestro el mismo san Adalberto, quien se dedicó á formar aquel tiernecito corazon, que supo aprovecharse maravillosamente de sus santas instrucciones. Estas se reducian á las máximas puras del Evangelio, de que le daba leccion todos los días, y el niño Estéban les tomó desde luego tanto gusto, que nunca supo despues acomodarse con otras. Casi desde la cuna descubrió aquella tierna devocion á la santísima Virgen, que con el tiempo le movió á erigir en su honor tantos y tan magníficos templos. Sus diversiones eran la oracion, y á los ejercicios espirituales se reducian los ejercicios de su niñez. En todas las córtes de Europa apenas se acertaba á hablar de otra cosa que de la virtud del príncipe de Hungría, y hasta sus mismos vasallos, aunque paganos, y naturalmente feroces y groseros, le miraban con admiracion, y le amaban con ternura, ganándoles el corazon aquella dulzura, aquella afabilidad, aquellos nobles y gratisimos modales, con aquella inagotable caridad que ejercitaba con todos los pobres; de manera que, siendo la veneracion de los grandes, era el hechizo de los pueblos. En vista de una prudencia tan anticipada, y de una virtud tan sobresaliente, resolvió el duque su padre asociarle al gobierno del estado, aunque contaba solos quince años, descargando en sus tiernos hombros el peso de los mas graves y mas importantes negocios.

Faltóle en un mismo año, que fué el de 997, el duque su padre y su maestro san Adalberto, por lo que se vió precisado á cargar solo con el gobierno de todos sus estados, no obstante de hallarse como á la primera entrada de su florida juventud. Fué su pri-

mera diligencia asegurar una paz sólida con todos los principes vecinos, con el fin de desviar todo embarazo á la ejecucion del glorioso intento que formó inmediatamente de desterrar, si pudiese, de sus dominios hasta la memoria del paganismo. Dió principio á esta grande empresa reformando las costumbres de sus vasallos, y aboliendo todos los usos y estilos que todavia respiraban su natural barbaridad. Juntaba ya á unos, ya á otros en su palacio, y él mismo los instruía, uniendo con las funciones de soberano los ministerios de apóstol. Irritados furiosamente los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuirse su autoridad y sus rentas al paso que se multiplicaban las conversiones, amotinaron á los paganos que componian la mayor parte de la nacion, persuadiéndolos á que tomasen las armas contra el jóven duque. Tenian á su frente al conde de Zegzard, el cual, considerándose con bastantes fuerzas para disputarle la soberanía, levantó un numeroso ejército, y marchó á poner el sitio á Vesprin, que era la principal plaza de Hungría, despues de Strigonia. El duque por su parte tambien levantó tropas compuestas todas de cristianos; pero en tan corto número, que naturalmente no podian resistir á la prodigiosa multitud de los rebeldes. Érale muy facil al piadoso duque vivir en paz con sus vasallos, sin otra diligencia que dejar á los infieles proseguir tranquilos en el ejercicio de su ciega idolatría; pero pudieron mas en su religioso corazon los motivos de la religion, que las razones de estado. Lleno, pues, de confianza en la asistencia de aquel Señor, por cuya gloria combatia, habiendo puesto su persona y su reinado bajo su poderosa proteccion, imploró fervorosamente su favor; y aunque con fuerzas tan desiguales, marchó á buscar al enemigo, y le presentó la batalla, que fué obstinada y sangrienta. Era el virtuoso duque tan valeroso como santo, y

trabada la accion, acreditó bien su valor, exponiendo á los mayores peligros su persona. Hallábase en todas partes donde era mayor el riesgo, y en todas iba siguiendo á su valerosa espada la victoria. Fué tan completa, que los rebeldes quedaron enteramente derrotados; su general el Cap, conde de Zegzard, muerto y tendido en el campo de batalla, y todo aquel numeroso ejército de amotinados desbaratado. Atribuyó el santo duque toda la gloria del triunfo al Señor Dios de los ejércitos, y despues de haber mandado que se le tributasen solemnes gracias en todos sus dominios, erigió en el mismo campo de batalla un magnífico monasterio.

Libre ya de todos los estorbos, dedicó toda su atencion á desterrar de todos sus estados hasta las reliquias de la idolatria, haciendo venir de todas partes zelosos religiosos que predicasen el Evangelio; y como el virtuoso principe se hallaba siempre al frente de aquellos apostólicos obreros, fué portentoso el suceso, y en breve tiempo fué universal la conversion del país. Luego que tuvo el consuelo de ver cristianos á todos sus estados, los dividió en doce diócesis, destinando á Strigonia para silla arzobispal y metropolitana, cuyo plan remitió á Roma para que le aprobase la santa sede, á quien despachó una solemnisima embajada, nombrando por jefe de ella á Atico, ó Anastasio, abad benedictino. Reducianse sus instrucciones á que en nombre del duque rindiese la obediencia al papa Silvestre II, suplicándole tomase bajo la proteccion de la santa sede aquellos estados, nuevamente convertidos á la religion cristiana; dignándose confirmar lo que el duque habia arreglado acerca de la religion en sus dominios de Hungría, y rogándole tuviese á bien que tomase el titulo, las insignias y los honores de rey, para promover con mayor autoridad lo que el tiempo y las ocasiones

le permitiesen hacer en beneficio y propagacion de la fe.

Llegó el embajador á Roma poco despues que habian entrado en ella los de Boleslao, duque de Polonia, que, habiéndose convertido con toda su nacion treinta años antes á la luz del Evangelio, tenia entablada la misma pretension. Ya habian logrado audiencia de su Santidad los embajadores de Boleslao, y ya el papa queriendo premiar los grandes servicios que habian hecho á la religion él y su padre Micislao, tenia prevenida una rica corona de oro para enviarla al duque de Polonia; pero habiendo oido por boca de Anastasio en la audiencia que le concedió todo lo que habia obrado el duque Estéban en tanto aumento de la fe, determinó darle á este la preferencia. Concedióle, pues, el titulo y la dignidad de rey, enviándole la corona: á lo que añadió el regalo de una rica cruz, para que la hiciese llevar siempre delante de sí, autorizando con una bula todo lo que habia dispuesto, así en los obispados, como en los obispos presentados por él para gobernarlos, y reconociéndole por apóstol de su nuevo reino.

Habiendo recibido Estéban las insignias de su nueva majestad, convocó en Strigonia todos los preladados del reino con la nobleza del país, y recibió la sagrada real uncion de manos de los mismos preladados; y reconociendo que toda legítima potestad descendiendo originariamente del mismo Dios, y que á sola su piedad debia la corona, se hizo á sí mismo y á sus sucesores feudatarios de la santa sede apostólica.

La felicidad de tan gloriosos sucesos suscitó zelos en algunos principes vecinos, que, no acertando á mirar con buenos ojos aquel aumento de grandeza, se coligaron para sufocar en la cuna la reciente monarquía. El príncipe de Transilvania, olvidado del estrecho parentesco, pues era primo del rey, entró

armado por sus tierras, haciendo en ellas grandes daños. Marchó contra él san Estéban con las tropas que pudo juntar tumultuariamente, atacóle, derrotóle, y le hizo prisionero, sin querer otro rescate por su libertad que su conversion y la de sus pueblos. Los Búlgaros le dieron mas en que entender: porque le hicieron la guerra con mayores fuerzas, pero con tan infeliz suceso como los Transilvanos, pues al cabo los venció ó los humilló, obligándolos á pedirle la paz, que les concedió, sin aprovecharse demasiado de su victoria. Contrajo una estrecha alianza con el emperador san Enrique, casándose con su hermana Gisela, princesa de extraordinaria virtud, que parecia haberla destinado singularmente para él la divina Providencia, por lo que no era posible matrimonio mas cabal. Nunca tuvo la reina otras inclinaciones que las del rey, el mismo zelo por la religion, los mismos ejercicios espirituales, la misma devocion, la misma liberalidad con las iglesias, y la misma caridad con los pobres.

Restituida la tranquilidad á todo el reino, convirtió el rey toda su aplicacion á procurar la felicidad de sus vasallos, á reformar los abusos, y á no omitir medio alguno para que cada dia floreciese mas la religion y la piedad.

Siendo su virtud sobresaliente, y como la mas favorecida entre todas, aquella tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, á quien siempre apellidaba *su soberana Señora*, titulo que despues se hizo hereditario y familiar en todos los Húngaros, erigió en su honor un suntuoso templo en la ciudad de Alba, que comenzó á llamarse la *Real*, por haberla escogido el santo rey para su ordinaria residencia, y porque los reyes sus sucesores se coronaban despues en su iglesia de la Madre de Dios, escogiéndola tambien para su panteon ó sepultura. Apenas hubo

provincia alguna en sus estados, ó ciudad considerable en las provincias, donde el piadoso monarca no fundase algun monasterio, no erigiese alguna iglesia, ó no dotase algun hospital. Ni su real piadosa liberalidad se estrechó precisamente en los limites de su reino: extendióse tambien á los extraños, fundando iglesias y hospitales para los Húngaros en Roma, en Jerusalem y en Constantinopla. Dedicado únicamente á procurar que floreciese la religion en sus dominios, á exterminar los vicios y los abusos, á solicitar que en todas partes reinase la justicia y la piedad, y á promover por todos los medios posibles la felicidad de sus vasallos, promulgó leyes prudentísimas para desterrar de ellos las bárbaras costumbres, y para cortar con la severidad de las penas los robos, los homicidios, los adulterios, las blasfemias, y todo género de impiedades y disoluciones; formando una especie de código para mayor permanencia de estos reglamentos, en que comprendió debajo de cincuenta y cinco titulos ó capitulos las mas saludables leyes. Habiendo nacido con él, por decirlo así, la caridad y la misericordia con los pobres, tomó debajo de su real proteccion á las viudas y á los huérfanos, proveyendo con una liberalidad, de que hay pocos ejemplares, á la subsistencia de las familias necesitadas, todo con tanto orden, con tanta prudencia y con tanto acierto, que se decia comunmente que en su dichoso reinado no habia pobres en Hungría.

Queriendo en cierta ocasion tener el consuelo de dar la limosna por sus mismas reales manos, se disfrazó para no ser conocido. Luego que le vieron los primeros pobres con un bolsillo lleno de dinero, que llevaba para repartirle entre ellos, se echaron sobre él brutal y atrevidamente, arrojáronle en el suelo, patearonle, maltratáronle, y arrancándole el bolsillo con violencia, se pusieron en precipitada fuga.

Dejóse ultrajar el santo rey sin despegar siquiera los labios; y levantándose todo cubierto de lodo, no menos que de contusiones por la violencia de los golpes, vuelto á la santísima Virgen, su querida Madre, le habló de esta manera : *Bien veis, ó reina de los cielos, mi soberana Señora, cómo han tratado vuestros soldados al que vos os dignásteis de hacer rey : si esto lo hubieran hecho los enemigos de la religion, ya veria yo lo que habia de hacer con ellos; pero siendo obra de los criados de vuestro Hijo, y mi dulce Salvador, recibo con alegría esta aventura, y os doy gracias por ella.* Con efecto, toda la satisfaccion que tomó de aquella brutalidad fué hacer mayor limosna á los mismos mendigos.

Empleaba la mayor parte del dia en los negocios de la religion, del estado y de la justicia, que administraba á sus pueblos por sí mismo. Nunca hubo príncipe mas accesible : daba audiencia á todos y en cualquiera hora, pero eran preferidos en todo caso los pobres; por lo que era dicho comun, que los Húngaros tenian un soberano que mas era su padre que su rey. Todos los dias asistia al santo sacrificio de la misa con tanto respeto, con tanta modestia y con tanta devocion, que la infundia en todos los circunstantes, consagrando las demás horas que le quedaban desocupadas al ejercicio de buenas obras; y decia con gracia que esta era su caza, este su juego y estas sus diversiones. La mayor parte de la noche la empleaba en la meditacion y en la oracion, menos las visperas de comunión que eran muy frecuentes, las cuales las pasaba todas en vela. Correspondian sus penitencias al fervor y á la inocencia de su vida; siéndole muy familiares los ayunos, los cilicios, los instrumentos de mortificacion y la maceracion del cuerpo, tanto, que no pocas veces descubrió Dios con prodigios sus mas secretas mortificaciones.

Siendo san Estéban tan agradable á los ojos del Señor, no le podian faltar trabajos y adversidades. Padeciólas muy penetrantes y muy vivas, las que acrisolaron su virtud con las mas sensibles pruebas. Sufrió por espacio de tres años una prolongada enfermedad, acompañada de cruelísimos dolores, sin que se alterase un punto ni la majestuosa alegría de su semblante, ni la serenidad de su corazon. Arrebatóle la muerte todos sus hijos, no dejándole mas que al príncipe Emerico su primogénito, jóven dotado de todas las prendas que se podian desear para formar un gran príncipe. Educado por un padre que le servia de maestro, siendo á un mismo tiempo el modelo mas perfecto que podia imitar, caminaba á largos pasos por sus huellas; y siendo perfecto imitador de sus virtudes, observaba escrupulosamente todas las santas máximas que el rey le habia inspirado, componiendo de ellas el mismo monarca un precioso libro para la instruccion de su querido hijo. Pero le quitó Dios este amable hijo cuando se hallaba en lo mas florido de su edad : golpe que sintió el rey con el mas vivo dolor, sin hallar otro consuelo en tan dolorosa pérdida que el que buscó y encontró en su mucha religion y en su heroica virtud; pudiéndose decir con verdad que nunca se mostró mas santo que en aquella grande afliccion.

Los Besas, pueblos bárbaros, hicieron una irrupcion en sus tierras; pero quedaron tan enamorados de la virtud del santo rey, que deputaron sesenta de los mas principales de la nacion para pedirle su amistad. Desarmólos precisamente su piedad, y los acabó de encantar, cuando mandó el rey que se les restituyese todo lo que les habian tomado sus tropas, que batian el país, sin embargo de que se podia quedar con ello por via de represalia, en recompensa de los daños que habian hecho en sus estados.

Muerto el emperador Enrique, su cuñado y sucesor Conrado entró en Hungría con un poderoso ejército. Vióse precisado Estéban, á pesar de su amor por la paz, á marchar contra él al frente de sus tropas; pero movido de la compasion y del horror que le causaba ver derramar sin justo motivo la sangre de sus vasallos, recurrió á Dios y á su continua protectora la santísima Virgen. Apenas acabó su oracion, cuando las tropas de Conrado se pusieron en desordenada fuga, con tanta precipitacion como si hubieran sido enteramente derrotadas, sin que hasta ahora se hubiese podido averiguar el verdadero motivo que tuvo aquel formidable ejército para retirarse.

Hacia ya algunos años que el rey guardaba casi siempre cama, reducido á ella por sus frecuentes enfermedades, cuando algunos señores, descontentos de la inexorable rectitud con que administraba justicia, resolvieron quitarle violentamente la vida, cometiendo el mas negro, el mas atroz y el mas execrable de todos los crímenes. Uno de ellos entró en el cuarto del rey con este sacrilego intento, llevando una espada desnuda debajo de la capa. Oyó el rey algun ruido, y preguntando quién era, la majestad de su voz llenó de tanto terror al asesino, que, dejando caer la espada, se arrojó á sus reales piés, confesó su delito, é imploró su piedad y clemencia. Perdonóle benignamente el rey, y convirtióóle. En fin, habiendo tenido el santo monarca revelacion de su dichosa muerte, se dispuso para ella con nuevo fervor, acabando con él de perfeccionar su virtud. Recibidos los santos sacramentos, rindió tranquilamente su espíritu en manos del Criador el mismo día de la Asuncion, cuya fiesta habia él mismo hecho la mas solemne para toda la nacion húngara. Murió, pues, el día 15 de agosto del año 1038, á los sesenta de su edad, y cuarenta y uno de su glorioso reinado, con

llanto universal de todo el reino, lastimándose cada uno de haber perdido no tanto un rey, como un apóstol y un padre. Fué sepultado su cuerpo en la magnífica iglesia de Alba Real, que él mismo habia edificado, siendo las lágrimas de los pobres el mas bello ornamento de la pompa funeral. Por los muchos milagros que obró en vida, y por los que se continuaron en su sepulcro despues de muerto, se movió la santa sede á decretarle los honores que se deben á los santos, y el papa Inocencio XI fijó su fiesta para el día dos de setiembre.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Concede, quæsumus, Ecclesia tuæ, omnipotens Deus, ut beatum Stephanum, confessorem tuum, quem regnantem in terris propagatorem habuit, propugnatorem habere mereatur gloriosum in cælis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que concedas benignamente á tu Iglesia logre por defensor suyo en el cielo al bienaventurado Estéban, tu confesor, ya que mereció tenerle por su glorioso propagador en la extension de su reino, mientras vivió con nosotros en la tierra. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31 del Eclesiástico.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus; facere mala, et non fecit. Ideò stabilita sunt

Dichoso el hombre que fué hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero ni en los tesoros. ¿Quién es este, y le alabaremos? porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fué probado en el oro, y fué hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal,

bona illius in Domino, et electosynas illius enarrabit omnis ecclesia sanctorum. y no le hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

NOTA.

« Asegura san Jerónimo que vió en hebreo el libro » del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, y » los rabinos le citan con bastante frecuencia en su » lengua; pero, según Rabin Salomon, no le admiten » entre sus escrituras canónicas, porque dicen que » se reconoce en él la multiplicidad de personas en » Dios. »

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corrió tras el oro, ó como dice el texto de la Vulgata: bienaventurado el rico que fué encontrado sin mancha: Beatus dives. Sin duda las riquezas, los honores que las acompañan, y la abundancia que las sigue, deben ser grande estorbo á la inocencia y la salvacion. Parece que la pobreza espanta, por decirlo así, á las pasiones, y que, avergonzadas, se retiran mientras dura la oscuridad; por lo menos es cierto que la adversidad las abate y las acobarda, haciéndolas pusilánimes, tímidas y tranquilas; cuando por el contrario la opulencia las engríe, las hace imperiosas, soberbias y altaneras; y sacándolas de la oscuridad donde estaban como aprisionadas, las restituye á su entera libertad. Con facilidad se hacen las cosas que nos lisonjean y nos gustan, por malas que sean, sobre todo cuando se pueden hacer impunemente. Parece que la opulencia quita la vergüenza de obrar mal, y que las riquezas todo lo cubren y lo adornan, dorando, por decirlo así, hasta la disolucion, la irreligion y la impiedad. Una bella librea, un magnífico tren, unos muebles suntuosos y una mesa espléndida, todo lo

excusan, hasta cierta ostentacion de indevoción, que escandaliza, que altera, que irrita aun á los menos devotos, por poca religion que abriguen en sus corazones. A la verdad, ninguna cosa asombra mas que la conducta de esos mundanos acomodados, los cuales por otra parte hacen profesion de cristianos. Ya no es la religion la que gobierna su corazon ni su espíritu; la calidad, los empleos, las riquezas son la regla de sus deseos, de sus pensamientos, y se puede añadir que lo es tambien aun de los mismos ejercicios de religion. ¿Lógrase un nombre, una clase distinguida? pues casi nunca se declara la piedad en favor de la distincion. ¿Sacónos de entre el polvo y de entre la miseria una rica herencia, un negocio en que sopló favorable la fortuna? Pues olvidóse en un instante aquel primer estado tan inmediato á la nada. Con verdad se puede decir que el amor propio siempre hace fortuna cuando la hace la persona. Rara vez se separan de la prosperidad el orgullo, la delicadeza, el regalo y el placer. No seria mucho decir que la indevoción y la ociosidad parecen el día de hoy pruebas de nobleza; por lo menos son el efecto mas comun de la opulencia, sobre todo en las mujeres del mundo, muchas de las cuales están persuadidas de que se calificarían de mujeres ordinarias si las viesan trabajar en su casa y cuidar de su familia. ¿Logran bienes de fortuna? Pues además de la profanidad y de las galas que les absorben toda la atencion y todo el tiempo, juzgarían abatir su calidad si se aplicaran á las obligaciones de su estado. Y sino, pregunto: ¿de qué clase de gentes se componen esas mesas de juego, esas visitas ociosas, esos bureos, esas tertulias, corrillos y concurrencias, de las cuales, por decreto del espíritu del mundo, está desterrado todo lo que no se acomoda á su gusto, y en las que se congregan todas aquellas cosas que concurren á extinguir todo

sentimiento de piedad y de religion? Allí todos se avergüenzan de parecer cristianos; no de otra manera que aquellos cobardes fieles de otros tiempos, que se avergonzaban de mostrar que lo eran en presencia de los gentiles. Allí se comienzan á abolir aquellas piadosas acciones, aquellos devotos actos mas antiguos, mas recibidos en la Iglesia, y mas acostumbrados de los verdaderos cristianos. Ya no se usa echar la bendicion á la mesa entre gentes de distincion y en mesas de respeto, eso se deja para religiosos y gente ordinaria. El abuso es escandaloso, es verdad, pero ¿qué importa si está autorizado por la costumbre y por el mayor número? ¡Y despues de esto, nos admiraremos de que se halle tan raras veces la inocencia entre la abundancia y en médio de las riquezas! Con todo eso, esos mundanos y esos ricos en la última enfermedad se hacen cristianos, cuando la cercanía de la muerte los espanta, cuando ya no pueden ser tan disolutos ni tan impíos como en buena salud. Pero ¿será sobrenatural su arrepentimiento? ¿Serán sinceras esas conversiones? Y esos forzados actos de contricion ¿llevarán al paraíso á unos hombres que solo piden misericordia cuando se ven en el último trance?

El evangelio es del cap. 19 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam nobilis abiit in regionem longinquam accipere sibi regnum, et reverti. Vocatis autem decem servis suis, dedit eis decem mnas, et ait ad illos: Negotiamini dum venio. Cives autem ejus oderant eum: et miserunt legationem post illum, dicentes: Nolumus hunc regnare super nos. Et

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Cierta hombre noble fué á un país lejano á tomar posesion de un reino, y volverse. Habiendo llamado á diez de sus criados, les dió diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. Pero sus concudanos le aborrecian, y enviaron detrás de él una embajada, diciendo: no queremos que este

factum est ut rediret, accepto regno: et jussit vocari servos, quibus dedit pecuniam, ut sciret quantum quisque negotiatus esset. Venit autem primus, dicens: Domine, mna tua decem mnas acquisivit. Et ait illi: Euge, bone serve: quia in modico fuisti fidelis, eris potestatem habens super decem civitates. Et alter venit, dicens: Domine, mna tua ecit quinque mnas. Et huic fait: Et tu esto super quinque civitates. Et alter venit, dicens: Domine, ecce mna tua quam habui repositam in sudario: timui enim te, quia homo austerus es: tollis quod non posuisti, et metis quod non seminasti. Dicit ei: De ore tuo te judico, serve nequam. Sciebas quod ego homo austerus sum: tollens quod non posui, et metens quod non seminavi: et quare non didisti pecuniam meam ad mensam, ut ego veniens cum usuris utique exegissem illam? Et adstantibus dixit: Auferte ab illo mnam, et date illi qui decem mnas habet. Et dixerunt ei: Domine, habet decem mnas. Dico autem vobis, quia omni habenti dabitur, et abundabit: ab eo autem qui non habet, et quod habet auferetur ab eo.

reine sobre nosotros. Y sucedió que, volviendo despues de tomar posesion del reino, mandó llamar á los criados, á quienes habia dado el dinero, para saber cuánto habia negociado cada uno. Vino pues el primero, y dijo: Señor, tu mina ha rendido diez minas. Y le dijo: Alégrate, buen criado; porque has sido fiel en lo poco, serás señor de diez ciudades. Y vino el segundo, y dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y (el señor) dijo á este: Tú tambien serás señor de cinco ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, hé aquí tu mina, que la tuve guardada en un pañuelo: porque te temí; por cuanto eres un hombre austero, tomas lo que no depositaste, y siegas lo que no has sembrado. Respondióle (el señor): Por tu misma confesion te condeno, mal criado: Sabias que yo soy un hombre austero, que tomo lo que no deposité, y que siego lo que no sembré: ¿pues porqué no pusiste mi dinero en giro, para que tornando yo le recobrase con ganancias? Y dijo á los que presentes estaban a Quitadle á este la mina, y dadle al que tiene diez. Señor, respondieron, ese tiene diez. Pues yo os digo que á todo aquel que tiene, se le dará, y tendrá abundancia: pero á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que tiene.